

# VISIÓN ONTOLÓGICO-TEOLÓGICA DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO

*Visão ontológico-teológico do masculino e do feminino*, Convergência, 7 (1974) 975-989

## 1. LA PRETENSIÓN DE LA REFLEXIÓN ONTOLÓGICA

Quien quiera desarrollar hoy, en la época de la planetización de la experiencia científica, una reflexión ontológica debe explicar qué significa y justificar su validez.

La bio-medicina, la psicología diferencial, la antropología cultural o social y los otros saberes científicos iluminan al varón y a la mujer en el único campo en que existen, en el histórico cultural. Los datos de la ciencia no llegan más que al varón o a la mujer en las diversas etapas históricas de la hominización. Por ricos que sean sus datos, ninguna ciencia pretende haber investigado o dicho todo lo posible sobre el varón y la mujer. Más aún, cada nuevo conocimiento abre un amplio horizonte ignorado y retador. En otras palabras, es una ilusión creer que un día la ciencia. conocerá los secretos de ambos.

El hombre es, pues, un misterio que trasciende estos dos modos de existir; es una identidad que se presenta en una diferencia. No existe de la misma manera que existen el varón y la mujer.

La reflexión ontológica no dispone de otros datos que los de las ciencias; se ocupa del misterio que ellas no pueden resolver- Asume la tarea, científicamente incómoda, de recordar que en el varón y la mujer lo importante es lo invisible, lo no sabido, lo desconocido. Quiere reflexionar hasta el fondo en lo que conocemos, porque lo decisivo no es sólo saber cosas, sino reflexionar sobre lo que sabemos. La reflexión sobre este interrogante constituye la tarea de la ontología. Balbucear una respuesta al mismo diciendo que el hombre es un ser misterioso que se pierde en el interior del arcano de Dios es la afirmación de la teología. Pero el fundamentó de esta afirmación va más allá de las pretensiones de este ensayo.

Así entendida, la reflexión ontológica conserva su validez en la intelección del hombre. No se opone al saber científico ni posee un saber propio. Busca sólo reflexionar sobre lo implícito del conocimiento científico y expresarlo en un lenguaje propio.

## 2. LA SEXUALIDAD COMO ESTRUCTURA ONTOLÓGICA DEL HOMBRE

A un nivel ontológico queda claro que la sexualidad no es un aspecto parcial o genital del hombre ni es

una cuestión simplemente biológica. El hombre, varón o mujer, siempre actúa como ser sexuado. Se puede

afirmar que más que *tener* sexo, *es* sexo.

El varón y la mujer pueden acaso realizar las mismas funciones o desempeñar idéntico trabajo, pero uno lo hará varonilmente y la otra femeninamente, porque ambos son distintos. Pero son también complementarios; el varón es para la mujer y la mujer para el varón.

Con lucidez lo intuyó el Yahvista al afirmar: "no es bueno que el hombre esté solo. Voy a darle una compañera que sea 'hembra' (Gn 2, 18) ", es decir un *vis a vis* de reciprocidad y complemento, un tú. Sólo siendo varón y mujer el hombre es imagen de Dios ("Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Hízolos varón y mujer", Gn 1, 27). Sólo siendo varón y mujer el hombre es hombre.

¿Significa esto que cada uno es un ser incompleto? El modo común de hablar nos sugiere que ésta es la realidad; el varón y la mujer serían como la cerradura y la llave. Una sin la otra son incompletas. Pero, ¿el modo de ser del hombre-espíritu se puede comparar o reducir a la forma de ser de las cosas? ¿No poseerá una manera de ser distinta que no admita esta comparación?

La reflexión ontológica percibe esta diferencia y nos impide caer. tal vez en representaciones que falseen la realidad y relación varón-mujer. ¿Debemos representarnoslos uno frente a otro, cada uno incompleto y juntos completos?, ¿o como realidades separadas, pero que se unen profundamente? ¿No será más bien que uno está dentro de la otra, de forma que el varón posee interiormente a la mujer y la mujer al varón? Si fuera así, la idea de la relación varón-mujer cambiaría muchísimo. Porque el diálogo mutuo se establecería dentro de uno mismo y se concretaría finalmente en el otro que halla fuera.

Como consecuencia, deberíamos afirmar que cada uno es completo en sí, porque es simultáneamente hombre y mujer. Esto no significa, desde luego, que todos seamos hermafroditas, porque cada uno es varón o mujer de distinta forma. El varón posee a la mujer dentro de sí, pero es, varón, no mujer. La mujer posee al varón dentro de sí, pero es mujer, no varón. Esto significa que ser varón o mujer no son sólo realidades objetivables en los campos físico, psicológico o psíquico. El varón no agota en sí la virilidad, ni la mujer la feminidad. Por esto en vez de decir que son relativamente incompletos preferimos afirmar que son relativamente completos. Cada uno lo posee todo, pero no en idéntica forma y proporción. Nadie, pues, se basta a sí mismo ni puede encerrarse en su propia concreción; está relacionado y complementado por el otro.

Tal vez el empleo de las categorías de masculinidad y feminidad nos ayude a entender mejor qué es ser hombre y ser mujer. Masculino y femenino no son sinónimos de varón y mujer, respectivamente, porque pueden existir en el sexo opuesto. Nos parece sustancial subrayarlo, porque la identificación masculino-varón y femenino-mujer acarreo discriminaciones sin número y limitó a un sentido exterior, objetivante y cosístico la complementariedad varón-mujer.

Como lo masculino y lo femenino no son entidades en sí mismas, sino dimensiones del hombre o rasgos de la personalidad, vamos a -considerar primero la estructura fundamental de la misma

### 3. LA ESTRUCTURA FUNDAMENTAL DE LO HUMANO

El hombre, articulado en varón y mujer, se revela dentro de una estructura hondamente dialéctica. Las ciencias antropológicas lo describen; pero él es también lo que existe como posibilidad y lo que no puede ser descrito ni averiguado. El hombre es el ser y el poder ser, lo conocido y lo desconocido. El hombre es lo claro, el pensamiento, la palabra, el orden, el sistema; pero es también el silencio que contiene la palabra, lo oscuro de donde brota la luz, el caos de donde todo puede surgir, el misterio siempre ofrecido y nunca agotado. La unidad dialéctica de estas dimensiones constituye al hombre.

El hombre es una identidad que no se pierde en las varias diferencias psicológicas, históricas, religiosas o culturales en que se realiza y concreta.

El hombre nunca se experimenta como una identidad perfecta, sino como una diferencia; como la idea que *se* hace de sí o como la obra que produce. La persona vive permanentemente en una comunidad de *su* identidad con sus diferencias.

En un primer momento, la comunidad sólo se descubre. Luego puede ser construida en cuanto la identidad acepta las diferencias en vez de rechazarlas.

La estructura fundamental del ser humano consiste en el y Ser uno mismo y lo diverso de aquello con lo que se relaciona. Hombre, como varón y mujer; hombre y mundo; yo y no-yo dentro de mí; yo y tú; hombre y sociedad, etc.

El hombre se enriquece en el diálogo con lo distinto de sí. La personalidad humana asume, acepta y soporta las diferencias. Esto le hace un ser abierto a lo nuevo. Es estructura dialéctica, llena de tensiones y con peligro constante de rechazar las diferencias y cerrarse sobre sí misma. Ser hombre es siempre una síntesis incompleta, nunca agota la profundidad misteriosa de sí mismo.

#### **4. LO MASCULINO Y LO FEMENINO COMO DIMENSIONES DIFERENTES DE LO HUMANO**

A esta luz podemos comprender mejor lo masculino y lo femenino en el hombre. Lo femenino expresa el polo de oscuridad, misterio, profundidad, muerte, interioridad, sentimiento, tierra, receptividad, poder generador, vitalidad de la humano, y *está presente en cada hombre-varón y en cada hombre-mujer.*

Lo masculino expresa el otro polo humano, la luz, el tiempo, el impulso, el orden, la objetividad, la razón. A la dimensión masculina pertenece el impulsa para la transformación, para la agresividad, para la trascendencia, para la distinción y el orden, para los proyectos futuros. -Al rasgo femenino pertenecen el reposo, la inmovilidad, la oscuridad que desafía a la búsqueda, la inmanencia y la nostalgia del pasado.

Lo femenino constituye la fuente originante de la vida; lo masculino, la vida ya plena o evolucionada; lo femenino, el poder de plenitud vital, lo masculino, el de organización y dominio; lo femenino, el reposo y la conservación; lo masculino, la conquista y el progreso; lo femenino, el combate defensivo; lo masculino, el ofensivo.

Esto no quiere decir que el varón agote toda la significación de lo masculino y la mujer la de lo femenino. Las ciencias humanas realizan esta identificación y ello comporta graves consecuencias científicas y sociales. La usurpación de lo masculino por el varón significó el monopolio de la racionalidad, el mando y el poder social y la mujer quedó, relegada a la dependencia, al adorno, a la satisfacción. La superación de este obstáculo, justificado a veces teológicamente, es la primera condición para una relación más humana entre varón y mujer.

Cada persona es llamada a realizar su humanidad masculina o femenina de la mejor forma posible, integrando lo opaco, oscuro, pasional y misterioso, lo femenino en una palabra, con lo, claro, racional, objetivo, y organizativo, lo masculino. Todo esto forma el mundo dramático de la interioridad humana.

Se pueden dar exageraciones en ambos polos. La acentuación de lo masculino conduce al racionalismo, a la frialdad, es luz sin calor. El exceso femenino lleva a lo irracional, lo pasional, lo caótico; es calor que no llega a iluminar. La armonía no elimina estas tensiones polares, se sustentan, renuevan y profundizan. En caso de fallo, nos encontramos con el machismo o el feminismo.

Lo masculino y lo femenino son, primero, dimensiones ontológicas de la persona humana, y, después, propiedades biológicas o caracteres fisiológicos.

## **5. MANIFESTACIONES CULTURALES DIFERENTES DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO**

Los grupos humanos han concertado de forma diversa lo masculino y lo femenino. En la sociedad occidental el predominio de lo masculino en el varón, con sus valores de organización, poder, razón y actuación histórico-cultural, ha reprimido la feminidad, incluso en la religión cristiana, de manera que se ha identificado al hombre con el varón.

Igualmente, en la historia se dio una época en que lo femenino conoció su más densa concreción, en el matriarcado, y se identificó con la mujer.

La asimilación de lo masculino al varón y de lo femenino a la mujer depende de la cultura. Al tratarse de dos modos de ser de la misma persona, puede dominar cualquiera de ambos aspectos.

Los estudios antropológicos de M. Mead en los aborígenes de Nueva Guinea prueban lo que acabamos de indicar: Por ejemplo,

- En los Arapeches, lo femenino prevalece en varones y hembras.
- En los Mundogomores se da el fenómeno inverso; varones y hembras son viriles, sin la dulzura que creemos patrimonio inalienable de la feminidad.
- En los Chambulis, las mujeres son robustas, organizadoras, sexualmente agresivas. Los varones, son pasivos, emotivos, se dedican a ocupaciones artísticas.

Estos y otros ejemplos muestran cómo lo masculino y lo femenino se concretan en el varón o la mujer con independencia del sexo biológico.

En la cultura occidental, la mujer explicita lo que está implícito en el varón: al relacionarse con ella entra en contacto con la profundidad de sí mismo. A su vez, la mujer encuentra tematizado en el varón el rasgo masculino de su propia personalidad. El varón vive en la mujer su inconsciente que es femenino y la mujer- vive el suyo que es masculino. Es lo que insinuó C. G. Jung al decir que todo varón tiene dentro de sí su *anima* y toda mujer su *animus*. La integración de ambos aspectos de la "psique" humana en relación con las concreciones culturales de los mismos constituye el desafío de la vocación íntegramente humana.

El estudio de los grandes mitos por E. Neumann ha demostrado el carácter ambivalente de lo masculino y lo femenino. Para el hombre, lo femenino en la mujer puede concretarse en la madre o la amante, la hermana o la hija, la esclava o la reina, el ángel o el diablo. Puede resultar un influjo de fuerzas positivas o de fuerzas siniestras que le esclavizarán. Es lo que señalaba Simone de Beauvoir: "el varón busca en la mujer a la naturaleza, con sus fuerzas fecundas y sus elementos tenebrosos y destructivos".

La mitología ha conservado esta dualidad. La faz positiva de la Magna Mater es Isis, Demeter y María. La faz negativa, Gorgo, Hecate y Kali. Venus Urania, Sofía y María representan lo femenino que eleva, transforma e introduce en el misterio. Venus Ctónica, Circe y Astarte son lo femenino que ciega, seduce y enloquece.

Hoy la mujer ha tomado conciencia de su situación de dependencia en una sociedad patriarcal. Brota ya un nuevo tipo de manifestación de lo masculino y lo femenino en que hombre y mujer se comprenderán en un horizonte de igualdad personal, de origen y destino, y de igualdad de tarea y compromiso en la construcción de una sociedad más fraterna y democrática, menos dominadora y discriminadora.

## **6. EL MITO COMO LENGUEJE DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO**

Las últimas reflexiones colocan lo masculino y lo femenino en un horizonte, más allá de la biología, que quizá sólo el lenguaje del mito puede traducir adecuadamente.

Lo mítico no es una categoría del pasado histórico del hombre, sino de su presente psíquico. Los psicoanalistas atestiguan que la humanidad primitiva no es sólo arqueología histórica, sino realidad viva interior. Y por ello es decisivo el modo de reacción del consciente frente al inconsciente en la estructuración de la personalidad. El lenguaje figurativo y representativo de los mitos expresa mejor la riqueza del misterio de lo masculino y lo femenino en la persona humana que no el lenguaje de la razón discursiva.

La unidad polar de lo masculino-femenino en cada varón o mujer está presente en casi todas las mitologías o cosmogonías antiguas. Sirvan de ejemplo: Ishtar, principio hermafrodita de toda la realidad, en Egipto y Babilonia; o los seres andróginos con dos rostros a los que Zeus cortó en dos y que ahora a través del Eros buscan la unidad perdida, según el Banquete de Platón; o Gn 1, 27 que representa a la humanidad una y única como varón y mujer que quieren ser nuevamente una sola carne. Los estudios de

psicología de C. G. Jung vienen a confirmar la idea antiquísima de la unidad polar masculino-femenina del hombre.

Estos mitos afirman lo mismo que la ontología: el hombre es siempre masculino y femenino, no es simple como los dioses, tiene una identidad que se realiza en las diferencias en un proceso constante.

Los datos biológicos confirman la intuición de los mitos y la visión de la ontología. En los primeros momentos de la concepción no existe determinación sexual en términos de varón o mujer. La diferencia se manifiesta en el cigoto; en éste y en toda célula humana hay 22 pares de cromosomas iguales más otro par diverso según se trate de varón o hembra. En la unidad se inaugura la diferencia, que determina los procesos biológicos y fisiológicos de los sexos.

Hemos de confesar que es un misterio retador lo que es ser varón o mujer. Conocemos lo que se concretó culturalmente en la historia; lo que se conserva en la sociedad de hoy o en el inconsciente humano. No se agotan, sin embargo, con ello las posibilidades futuras de concreción de lo masculino y lo femenino, pero, aun sin dominarlas, podemos preparar su llegada.

## **7. IMPORTANCIA DE LA VISIÓN ONTOLÓGICA DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO EN EL FUTURO DE LAS RELACIONES ENTRE VARÓN Y MUJER**

En la sociedad se percibe una ascensión cualitativa y cuantitativa de la mujer sobre la base de una educación que la capacita para tareas de decisión, y responsabilidad que hasta ahora parecían reservadas al varón. También se avanza en la construcción de las relaciones varón-mujer sobre los principios del valor de la persona, del respeto a las diferencias como expresión de una igualdad fundamental. La lenta supresión de un régimen de dominio posibilita la comunicación de valores de una alteridad que se acoge.

La psicología profunda ha puesto de relieve realidades del ser humano que la cultura había velado. Ha llegado a comprender que el sexo no se agota en un genitalismo exacerbado, sino que varones y mujeres sólo se realizarán como tales si realizan armónicamente en sí los dos componentes masculino y femenino. Deberán liberarse de los modelos que les mantenían como dominador y dominada. Para ello, el varón debe descubrir su deformación cultural y reinventar su relación con lo femenino dentro de sí y con la mujer que lo corporifica en el mundo. La mujer, por su parte, deberá rechazar las imágenes arcaicas del secular dominio patriarcal que la mantenían en dependencia. En igualdad con el varón podrá participar plenamente en la eclosión de la sociedad nueva que se está gestando. La reflexión ontológica tiene una enorme importancia en esta tarea.

## **8. RELEVANCIA TEOLÓGICA DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO**

Dios es conocido por medio del hombre, imagen suya y concretado en varón y mujer (Gn 1, 27). Por ello podemos decir que le conocemos de forma completa si le vemos a través de la óptica varónmujer. Dios está más allá de lo masculino y lo femenino, que

son formas de ser humanas, pero descubren valores que de otra forma permanecerían secretos. Por esto Dios se reveló utilizando símbolos masculinos y femeninos. Dios se llama Esposo que con ternura llama esposa a su pueblo y a su gente ( Is 54, 5; Jr 31, 3). Dios y Cristo son personificados en la temática femenina de la Sabiduría (Pr 8, 22-26; Si 24, 9; 1Co 1, 24.30) o como una madre que consuela (Is 66, 13) y no puede olvidarse de sus hijos (Is 49, 15; Sal 25, 6; 116, 5); y en el gesto típico de *magna mater* que en su llegada definitiva enjugará toda lágrima (Ap 21, 4).

En el NT aparece la temática de Cristo Esposo que santifica a la Iglesia (Ef 23-27). No es ya más la esclava, sino la esposa libre, la Jerusalén del cielo (Ga 4, 22-27; Ap 21, 2-9) que celebra nupcias eternas con el Esposo (Ap 19, 7ss; 22, 17). El significado de estas imágenes es analógico con el de lo masculino y lo femenino. Sólo en estos modos de ser diversos del hombre se comunica la perfecta revelación de Dios al mundo.

De ello resulta que el varón es para la mujer y ésta para aquél un sacramento revelador de aspectos de Dios que sólo pueden ser conocidos en esta diversidad.

Además la reciprocidad de lo masculino y lo femenino recuerda que ninguno de ambos elementos se basta o vive por sí mismo, están abiertos a una trascendencia que les permite el encuentro con el otro. Y juntos, forman una unidad que no se sacia en sí misma; placer, eros, amor, les hacen participar de una plenitud ansiada, pero no totalmente conseguida. Varón y mujer sólo se personalizan y evitan el demonio del eros o la rigidez de las reglas de control cultural si miran hacia el Misterio mayor que su amor, y tienen el coraje de acogerlo. El proyecto de vida religiosa debe basarse siempre en este Absoluto que se anuncia en el corazón mismo de lo masculino y lo femenino. Por ello el voto de castidad no deriva de una ausencia de amor, sino de una superabundancia o de su radicalidad. En este sentido, y a la medida de su fidelidad, se torna sacramento de la vida del Reino en que Dios será todo en todas las cosas (1Co 15, 28). Entonces lo masculino y lo femenino encontrarán su radical y último sentido.

**Tradujo y condensó: JOSÉ M<sup>a</sup>. ROCAFIGUERA**